



# Corazón de cereza

Cathy Cassidy



Más de  
**2.000.000**  
de ejemplares  
vendidos

DESTINO



# Corazón de cereza.

*Cathy Cassidy*

Traducción de  
Julia Alquézar

**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Cathy Cassidy, 2010  
Título original: *The Chocolate Box Girls. Cherry Crush*  
© de la traducción: Julia Alquézar, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: mayo de 2016  
ISBN: 978-84-08-15522-5  
Depósito legal: B. 7.645-2016  
Fotocomposición: Aura Digit  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.

# 1



**H**abr  algunas cosas de la Academia Clyde que echar  de menos. Los macarrones con queso, por ejemplo, el pudin de caramelo con natillas, o quedarme absorta mirando la nuca de Ryan Clegg durante la clase de dibujo. Por supuesto, también hay otras cosas que estoy deseando perder de vista, como los exámenes de matemáticas o los guisos de la escuela, y a Kirsty McRae. Sin duda, no la echar  de menos en absoluto... Ella y sus amigas me sacan de quicio.

Lo tienen todo: un pelo ideal con mechas a la última moda y un uniforme escolar perfecto, de los pijos que se venden en Top Shop, en la calle Buchanan. Además, sacan buenas notas, son populares, a los profesores les caen en gracia y los chicos est n colados por ellas.

Todo el mundo quiere SER como ellas... Todos menos yo, claro. No me parezco a Kirsty McRae en nada, ni siquiera en

el blanco de los ojos. Mi pelo no es perfecto, y llevo un uniforme de segunda mano con una mancha algo pegajosa de mermelada en la falda, porque esta mañana se me ha caído la tostada. Tampoco saco buenas notas, básicamente porque hago los deberes en el autobús de camino a la escuela, y a los profesores no les caigo bien, excepto tal vez a mi profesora de lengua, que dice que tengo una imaginación muy vívida.

Aunque no acabo de estar segura de que sea un cumplido.

Pese a todo, no consigo entender el atractivo de una chica como Kirsty.

Ni siquiera es simpática. Cuando tenía siete años, la invité a merendar a nuestro piso: primero, se quejó porque no le gustaban los sándwiches de beicon, y después me preguntó por qué nuestro pez de colores tenía nombre de perro. Hasta ese momento, no se me había ocurrido que *Rover* no fuera un nombre de pez. Supongo que a papá le había parecido una broma divertida llamarlo así.

Después, Kirsty me preguntó dónde estaba mi madre, y le dije que no tenía.

—Pero qué tonterías dices —insistió—. Todo el mundo tiene una mamá. ¿Quién te prepara el té? ¿Quién te lava y te plancha la ropa?

—Pues papá, ¡claro!

Bueno, para ser sincera, no planchaba la ropa exactamente. Simplemente la sacudía un poco, se reía y decía que unas cuantas arruguillas no hacían daño a nadie.

—¿Están divorciados? —me preguntó en voz baja—. ¿Se fue de casa o algo así?

—¡Por supuesto que no!

Kirsty entrecerró los ojos.

—¿No serás adoptada? —continuó—. Porque no te pareces en nada a tu padre. Tienes pinta... No sé... de china o japonesa, o algo así.

—¡Soy escocesa! —protesté—. ¡Igual que mi padre!

—Pues yo no me creo que sea tu padre de verdad —respondió Kirsty, y cuando vio que estaba al borde de las lágrimas, una sonrisa asomó en su rostro.

Al lunes siguiente, Kirsty contó a toda la escuela que yo era adoptada y que papá fregaba los suelos de la fábrica de chocolate McBean.

En realidad, a veces le tocaba hacerlo, pero lo contó con muy mala intención.

Pues no, no echaré de menos a Kirsty McRae.

Justo en el momento más indicado, Kirsty entra haciéndose notar en el comedor de la escuela junto a su grupito de amigas. Se abren paso hasta el principio de la cola, y a continuación, vienen paseando tranquilamente hasta la mesa en la que estoy sentada sola, con mis macarrones con queso y mis patatas fritas, aunque no estoy segura de que se hayan fijado en que estoy aquí. Se acomodan a mi lado con sus bandejas de ensalada, y mientras juegan con el pelo y se retocan el brillo de labios, se ponen a hablar de chicos, citas y lacas de uñas.

—Oye, Sorcha —dice Kirsty—, ¿a que no te atreves a lanzar una patata frita a la señorita Jardine? ¡Vamos! ¡No seas gallina!

Sorcha coge una patata de mi bandeja y la lanza por el

aire. Aterriza brevemente en el hombro de la chaqueta de *tweed* de la directora de la escuela y cae al suelo. La señorita Jardine mira a su alrededor con el ceño fruncido, hasta que se me queda mirando fijamente, a mí y al tenedor lleno de patatas fritas y macarrones con queso que sujeto inmóvil en el aire. Entrecierra los ojos en un gesto acusador, pero no tiene pruebas, así que vuelve a su comida.

Kirsty suelta una risita sin poder contenerse, y yo le lanzo una mirada glacial.

—¿Y tú qué miras? —refunfuña.

—Nada —digo con una media sonrisa. Kirsty es exactamente eso... nada.

—¿Y a qué viene esa mueca burlona? ¡Eres un bicho raro, Cherry Costello!

Me mira por encima del hombro como si fuera algo pequeño y viscoso que acabara de encontrar debajo de una hoja de lechuga, y para variar, me atrevo a devolverle la mirada. Levanto la barbilla y sonrío, a lo que Kirsty responde con un gesto de furia en la cara.

Se vuelve hacia sus amigas y dice:

—Chicas, ¿sabíais que a Cherry la abandonó su madre porque pensaba que su hija era una perdedora? Imaginaos, ¡hasta se fue a vivir a la otra punta del mundo! ¿Qué se siente, Cherry? ¿Qué se siente al saber que tu propia madre no te soportaba?

—Tú no sabes nada de mi madre —digo en voz baja.

Kirsty se ríe.

—Ah, Cherry, sé más de lo que te crees —responde—.

¿Te acuerdas de que fuimos juntas a primaria? Tu madre es una estrella de cine, ¿verdad? ¿En Hollywood? Esa es la historia que me contaste en quinto de primaria. ¿O es una diseñadora de moda que vive en Nueva York? Eso me dijiste en sexto... A ver qué más puedo recordar... ¿No era también modelo, cantante y bailarina de *ballet*... en Tokio, Sidney y Mongolia? Cherry Costello, ¡eres una MENTIROSA!

Kirsty se ríe a carcajadas, y entonces siento que la odio con todas mis fuerzas.

—Para ya, Kirsty —interviene Cara, pero Kirsty nunca ha sabido cuándo parar. Lo suyo es más seguir dando golpecitos con un palo afilado hasta hacer sangre.

—Cherry, entonces, tu madre no es actriz, ¿verdad? —continúa Kirsty con malicia, y las demás, incluso Sorcha y Cara, sueltan unas risitas.

—No —susurro. Siento que las mejillas me arden.

—Y sospecho que tampoco es diseñadora de moda, ni modelo, ni bailarina de *ballet*, ¿me equivoco?

—No...

Parece que todo el comedor se haya quedado en silencio. Están atentos a lo que diga Kirsty a continuación. Quieren ver cómo me desmorono.

—Te inventaste todas esas historias para hacerte la interesante, Cherry —dice Kirsty—. ¿A que sí? Solo que no funcionó, porque no interesas a nadie, ¿me oyes? Y tampoco tu madre.

Siento una opresión en el pecho, el dolor ardiente y amargo de la vergüenza. Miro a mi alrededor mientras bus-



co una respuesta, una réplica ingeniosa, una salida, pero nada. He usado todos mis sueños, mis fantasías, y Kirsty los ha tachado de mentiras. Bueno, tal vez lo fueran, aunque una parte de mí llegara a creérselas en su momento.

—Seguro que tu madre es una perdedora, como tú —remata Kirsty con crueldad.

Entonces, bruscamente, me pongo de pie; noto que me fallan las piernas y que me tiemblan las manos al levantar la bandeja. Sé que debería limitarme a coger mi comida y cambiarme de mesa, a una que estuviera en el rincón más alejado del comedor, donde Kirsty y sus secuaces no pudieran hacerme daño.

Eso es lo que debería hacer.

Pero si lo pienso un poco mejor, tal vez sea el momento de demostrar a Kirsty McRae exactamente qué pienso de ella. Al fin y al cabo, no tengo nada que perder.

Sin más, levanto mi bandeja de macarrones con queso y patatas, y la vuelco sobre la cabeza de Kirsty: el engrudo pringoso se derrama sobre la melena de reflejos perfectos, las patatas le caen sobre las mangas blancas de su camisa dejando un rastro de grasa, y el ketchup le salpica la piel lechosa como si fuera sangre.

—Oh. Dios. Mío. —consigue decir Sorcha.

Y tímidamente al principio, poco a poco, la sala entera del comedor empieza a aplaudir y a jalearme.

## 2



Como era de esperar, la señorita Jardine no está impresionada. No ve mi gesto como un acto heroico, sino más bien como un «ataque planeado y malicioso contra una compañera», lo que, en mi opinión, es algo exagerado. Es decir, si lo hubiera planeado, habría elegido el día que tocara estofado o algo así. Los macarrones con queso son uno de mis platos favoritos.

Aun así, la señorita Jardine está enfadada: tiene los labios tan apretados que se han convertido en una línea fina, casi invisible.

—La pobre Kirsty está en la enfermería porque necesita primeros auxilios —me explica—. ¡Tienes suerte de que no haya sufrido quemaduras o una fuerte conmoción!

Arqueo una ceja. ¿Pobre Kirsty? Lo que me faltaba. Tal vez un fuerte golpe no le habría ido mal. Así, quizá al volver en sí, se olvidaría de la bruja mezquina y miserable que es.

Supongo que es algo improbable, pero no del todo imposible.

—Cherry, tu comportamiento en todo este asunto es absolutamente inaceptable —continúa la señorita Jardine tras soltar un soplando—. ¿Acaso Kirsty McRae se ha metido contigo alguna vez?

Me quedo perpleja. ¿Por dónde empiezo? ¿Debería mencionar la vez en que me tiró los calcetines de gimnasia por el retrete porque le pareció divertido? ¿O mejor la vez que dijo a todo el mundo que había visto a papá disfrazado de chocolatina en la calle Sauchihall, repartiendo muestras gratis de chocolatinas Taystee?

¿Y si contara las cosas que hace a otros niños, a los que DE VERDAD no le caen bien? El mes pasado, en clase de dibujo cortó con la guillotina de cortar papel la trenza de Janet McNally, que le llegaba por la cintura. Y no se metió en ningún lío. Salió airosa simplemente diciendo que ni se había acercado a la guillotina, y sin saber cómo, Janet acabó llevándose las culpas.

De locos.

—Me ha llamado mentirosa, señorita —susurré.

La señorita Jardine me miró por encima de las gafas.

—«Mentirosa»... Vaya, esa es una palabra muy dura. Sin embargo, algunos profesores y alumnos me han hablado de tu... cómo lo diría... Sí, de tu capacidad de adornar la verdad.

Pestañeo, perpleja de nuevo. Creo que la propia directora de mi escuela acaba de llamarme mentirosa.

—Cherry, estarás de acuerdo conmigo en que no has en-

trado en la Academia Clyde con buen pie —continúa—. Debo admitir que estoy un poco preocupada. Sé que tu infancia ha sido poco convencional, pero eso no disculpa tu afición por las historias absurdas. Según tengo entendido, la semana pasada dijiste a la señorita Mercier que no podías entregarle tus deberes de dibujo porque una cabra se los había comido. En serio, Cherry, ¿una cabra? ¿En Glasgow? ¿Cómo esperas que nos creamos algo así?

Lo cierto es que lo esperaba porque era la verdad. Aquel fin de semana, habíamos ido a visitar a unos viejos amigos de papá, de sus tiempos en la escuela de arte, en los Borders; me pasé más de una hora sentada al sol dibujando el violín de papá. Y debo admitir que me sentía orgullosa del resultado. Sin embargo, mientras comíamos, la cabra de la casa de al lado entró en el jardín, se comió mi dibujo, masticó la esquina de la manta del pícnic y, encima, me partió las gafas de sol por la mitad.

Espero que después tuviera una indigestión.

—Si cuentas demasiadas mentiras, Cherry, llegará un momento en que nadie querrá escucharte —continúa la señorita Jardine—. ¿Conoces la historia de *Pedro y el lobo*?

—Sí, señorita —dije hastiada.

Pese a mi respuesta, me cuenta la aburrida historia del niño que no para de contar mentiras, hasta que un día, cuando ve un lobo e intenta contárselo a su familia, nadie lo cree.

La moraleja de la historia queda clara. Si no dejas de contar mentirijillas, puedes acabar siendo devorada por un lobo, y solo yo tendré la culpa.

—Eso de contar historias absurdas tiene que acabarse —dice—, antes de que el asunto se te vaya todavía más de las manos. Después de las vacaciones de verano, te organizaré sesiones semanales con el orientador escolar. El estallido de hoy obviamente no representa tu forma de ser, pero sigue siendo preocupante. Queremos ayudarte, Cherry. No solo con tus mentiras compulsivas, sino también con tus problemas de ira.

Noto que las mejillas se me ponen coloradas. ¿Mentiras compulsivas? ¿Problemas de ira? ¿Qué insinuaba la señorita Jardine?

—Señorita, ya no volveré después de las vacaciones de verano —digo tan educadamente como puedo—. Mi padre se ha enamorado, así que va a dejarlo todo para irse a vivir con su nueva novia a una casa enorme que está junto a un acantilado en Somerset. Formaremos una nueva familia y nos haremos ricos vendiendo chocolatinas orgánicas de primera calidad.

La señorita Jardine se me queda mirando durante un buen rato con pena.

—¿Ves, Cherry? ¡A este tipo de cosas me refiero exactamente! —dice exasperada—. ¡Es evidente que no te vas a ir a vivir junto a un acantilado en Somerset! Tu padre trabaja en la fábrica de chocolate McBean, preparando y supervisando la producción de chocolatinas Taystee, que no son ni orgánicas ni de primera calidad. Y convendrás conmigo en que es muy poco probable que alguien se haga rico así. ¡No sé de dónde sacas todas estas ideas absurdas!

—¡Pero, señorita!

—Tu padre ya nos habría avisado si os fuerais a marchar, ¿no crees? —continúa.

Entonces acaricio con los dedos el sobre que llevo en la mochila. La carta que me dio papá para la señorita Jardine lleva cinco días ahí, cada vez más y más arrugada. Ahora incluso tiene una mancha naranja en una esquina, donde mi botella de refresco se derramó ayer, y un borrón de tinta azul pegajosa de un bolígrafo que se rompió. Pero ¿qué sentido tiene entregarla ahora? De todos modos, la señorita Jardine cree que lo de mudarnos a una casa junto a un acantilado no es más que una de mis fantasías.

Sí, es cierto que papá trabaja en la fábrica de chocolate McBean. O al menos, lo será durante las próximas dos semanas. Después, colgará su delantal, cobrará su último sueldo y recogerá su bolsa gratuita de chokolatinas defectuosas, es decir, las que no se pueden vender porque les falta una capa de galleta o una espiral de chocolate blanco en la parte superior, o porque no tienen la forma correcta o están rotas. Echaré de menos esas chokolatinas.

Entonces, empezaremos a empacar nuestras cosas, a desmontar nuestras vidas y guardarlas en cajas y bolsas de basura; cargaremos nuestras pertenencias en la furgoneta roja de papá y conduciremos al atardecer. Bueno, no exactamente, porque papá quiere que salgamos a primera hora... Es una manera de hablar.

Y viviremos junto a un acantilado en Somerset. La señorita Jardine no tiene ni idea de lo rara que es mi vida.

—Se acabaron las mentiras, Cherry —dice ella.

—Eh..., claro, señorita.

—Y por supuesto, necesito que te disculpes con Kirsty McRae.

—Claro —digo entre dientes.

La señorita Jardine me lleva hasta la enfermería, donde Kirsty está acurrucada en un sillón acolchado, bebiendo limonada y comiendo galletas.

—Las galletas van muy bien para los golpes —dice con mofa.

No me importa, porque Kirsty sigue teniendo restos de macarrones en la melena color avellana y caramelo, y apesta ligeramente a queso. Supongo que soy lo suficientemente mala como para alegrarme de ello.

—Cherry tiene algo que decirte, Kirsty —dice la señorita Jardine.

A Kirsty se le ilumina la cara con una mirada triunfal.

—Lo... Lo siento, Kirsty —digo vacilante.

Sin embargo, no me arrepiento; ni pizca. Y no creo que la señorita Jardine quiera que mienta al respecto. Se supone que empiezo un nuevo capítulo de mi vida en el que debo ser honesta y sincera. Se acabaron las mentiras.

Así que, mirando a Kirsty McRae a los ojos, apostillo:

—Lo siento mucho... Siento mucho que... que seas una bruja mala, estúpida y rencorosa.

De inmediato, la señorita Jardine me dice que estoy expulsada y castigada después de clase, posiblemente durante el resto de mi vida.